



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO
Escritor.

Por elegancia

Quien salva la vida de un hombre, salva al mundo entero. Estas palabras del Talmud fueron escuchadas por el industrial **Oskar Schindler** de labios del judío de Cracovia **Itzhak Stern** en la ciudad polaca ocupada por las fuerzas del Tercer Reich.

Schindler, muy bien relacionado con los altos mandos alemanes, no fue un santo que salvó la vida de miles de judíos sacándolos de los campos de concentración y empleándolos como obreros en una empresa de su propiedad instalada en Cracovia.

Schindler nació en 1908 en una familia católica, en los Sudetes, Moravia, entonces aún perteneciente al imperio Austrohúngaro; luego su país fue anexionado a Alemania y **Schindler** aceptó ser alemán. Era un buen bebedor, corredor de motocicletas, y muy dado a las mujeres, aparte de la suya, naturalmente, pues dicen que tenía una colección de amantes tan buena como su colección de motocicletas y coches deportivos. Yo creo que si salvó a tantos judíos lo hizo también por elegancia: su empresa estaba cercana al campo de Auschwitz pero él se las ingenió siempre para sacarlos de allí y emplearlos en su negocio; luego se las arregló para pasarlos a Checoslovaquia, Francia o España. La historia de este extraordinario personaje, escrita por **Thomas Keneally**, fue llevada al cine por **Steven Spielberg** y recibió siete Oscar. Debieron dárselos a **Schindler** a título póstumo, ya que su nombre es venerado por todos los judíos del mundo y por otros que no somos judíos.